I

Prólogo: El arte de hablar en público

«La vida es como una leyenda: no importa que sea larga, sino que esté bien narrada».

Séneca

Uno de los momentos más emocionantes en la vida de cualquier persona es hablar ante una audiencia, para dirigirles un discurso, exponerles una idea o presentarles un proyecto. La sensación que provoca hablar en público pienso que es comparable a la sensación de cantar en un auditorio o interpretar una melodía en un concierto.

El significado, el alcance y la inspiración que provoca la palabra tiene un impacto tan poderoso que es capaz de transformar la mentalidad, incidir en los sentimientos y, con ello, mover a la acción de quienes atienden a un discurso. Para dominar este arte, es preciso desarrollar y gestionar una destreza que entraña una alta dosis de habilidad, la cual cobra brillo de la mano de diversas técnicas pero, especialmente, de la práctica esmerada y continua.

Hablar en público es un ejercicio que compromete la inteligencia y la voluntad, pues en la medida que nuestras potencias están implicadas, dan cauce a una diversidad de reflejos que gobiernan a los sentidos y al movimiento. Por eso, la ejecución de este arte supone un esfuerzo integral, que hace que la persona esté totalmente implicada en el proceso de la comunicación.

Ciertamente, «el orador no dispone más que de la duración de un vocablo para expresar sus ideas y no le son posible los retoques, ha de ser rápido y de primera intención, no puede repetir (...), no hay segunda intención, una vez lanzada la palabra ya no le pertenece» (González, 1989).

Hablar en público parece ser un desafío para quien se expone ante cualquier audiencia. De hecho, hay muchas personas que lo encuentran como una empresa sumamente difícil de acometer, por el esfuerzo, el control de los nervios y una variedad de elementos que supone articular un buen discurso.

En este caso, aunque es verdad que se han simplificado las formas y se han diversificado los medios, la importancia del buen uso de la palabra sigue siendo la misma que en cualquier otra época. Sin embargo, también es cierto que ahora se le dedica menos atención al método y a los conocimientos necesarios para ejecutar bien esta tarea, lo cual afecta a muchos que precisan perfeccionar sus habilidades oratorias.

«A pesar de haberse elevado de forma considerable el nivel educativo del conjunto de la población, muchas personas se encuentran sin referentes para hacer un buen papel cuando se enfrentan por primera vez a una presentación en su empresa, a su trabajo como abogados, profesores, periodistas, políticos o sacerdotes, o a una intervención en radio o televisión» (Rubio, 2004).

Y este es un arte tan valioso que nos permite persuadir, convencer y/o ganarnos la confianza de un determinado auditorio, gracias a la seguridad que proyectamos en nuestras palabras y, especialmente, en nuestros gestos. Por eso, esta habilidad es una de las más necesarias en la vida profesional de un académico, un artista, un empresario, un estadista o un líder de opinión.

De igual modo, esta cualidad es decisiva en las diversas circunstancias de la vida personal de todo hombre y mujer y, particularmente, en el marco de una celebración pública, un homenaje personal o colectivo, en la defensa de examen oral de grado, en la presentación de un libro o en cualquier ocasión festiva en la que formemos parte como protagonistas o testigos de honor.

En algunas de estas situaciones, de modo especial en las que nos toca hablarle a un público desconocido, heterogéneo o de diverso tamaño, olvidamos preparar debidamente nuestras intervenciones. Posiblemente, asumimos equivocadamente que para hablar en público lo único que necesitamos sea hablar, articular palabras de forma más o menos precisa, cuando lo correcto es poner en acción los conocimientos y recursos personales que nos ayudarán a darle la importancia que toda alocución pública merece.

Este arte del «buen decir» requiere, por encima de toda improvisación, un conjunto de técnicas y una adecuada preparación. Asimismo, supone un ejercicio de firme dedicación y de reconocida virtud, porque a tenor de lo que dicen los expertos, «toda intervención pública entraña un alto grado de responsabilidad que conviene conocer y asumir, y que han comprendido todos aquellos que por temor o por compromiso se preocupan de mejorar sus dotes comunicativas» (Rubio, 2004).

Este arte del «buen decir» requiere, por encima de toda improvisación, un conjunto de técnicas y una adecuada preparación

Es mi interés con el presente libro no solo abordar este tema de gran relevancia en nuestra vida sino, además, potenciar las aptitudes oratorias de quienes pongan en práctica las ideas y sugerencias que les propondré a lo largo de estas páginas.

Las siete ideas que propongo no son de ningún modo las únicas ni las últimas, pues siempre hay forma de perfeccionar nuestras intervenciones con la experiencia acumulada de diversos autores y expertos que a través de los siglos han llegado a dominar el arte de la oratoria. En todo caso, son siete ideas básicas que cualquier orador puede utilizar como complemento a lo que ya sabe o ha leído en textos de otros autores especializados en la materia.

Vaya para ellos y a todos los que se ocupan de mejorar las habilidades de comunicación de sus alumnos, mi reconocimiento y gratitud por el insigne trabajo que han desempeñado en mi formación particular y en la vida de tantas personas.

Agradezco especialmente a todos los colegas que me han ayudado intensamente en el proceso de edición de este libro, que sin lugar a dudas es fruto de la atención y comentarios de quienes han tenido a bien apoyarme en esta labor.

Finalmente, quiero dedicar unas líneas para agradecer el cariño y dedicación que he recibido de mi esposa e hijos, para conseguir que este texto saliera a la luz tal cual está escrito y pudiera llevar a cabo el sueño de iniciar este proyecto editorial que tanta ilusión me hacía. Un abrazo grande, por su paciencia y generosidad.

Raúl Alas Alas